



## III CONCURSO INTERNACIONAL DE RELATO CORTO

### ACCÉSIT (TERCER PUESTO)

5 de Febrero de 2023

## EL PENDIENTE DE ORO

Autora: Bertha Jacobson

(San Antonio, Texas)

Nicanor exhaló el humo de su pipa y volvió a pensar en Chuchis. Tres días sin saber nada de ella. Tres días sin dormir, sin comer, sin atender su negocio. La ansiedad le oprimía el pecho y ni siquiera reparó en la pestilencia de las frutas podridas y la verdura pasada. Su único interés era encontrar a su hija. Agotado tras recorrer la ciudad una y otra vez, se sentó en unas cajas al fondo de la bodega y fijó la vista en el viejo mapamundi que llevaba casi treinta años colgado en aquella pared.

Allí colocó el único objeto de valor que trajo consigo cuando llegó a México en 1938. La diminuta joya, un pendiente de oro en forma de tachuela, había pertenecido a su madre y marcaba en el mapa la villa de España que lo vio crecer.

Cuando Chuchis era niña, Nicanor señalaba la tachuela en el mapa y decía: “Mira, yo crecí aquí”. Luego deslizaba la mano grande y velluda a lo largo del océano Atlántico y detenía su dedo sobre la Ciudad de México para añadir: “Ahora vivimos aquí”.

En cierta ocasión, la pequeña le pidió con su voz alegre e infantil: “Papi, cuéntame cómo llegaste a México”. La pregunta lo tomó por sorpresa y sin pensar mucho respondió: “Esa historia no es para niños. Ya te tocará sufrir lo tuyo. ¡Anda, ve a jugar!”. Chuchis abrió los ojos sin comprender la reacción de su padre y se alejó dando saltitos entre las rejas de tomates, cebollas, coles y rábanos que llegaban todas las mañanas a la bodega del mercado de abastos.

Entretanto Nicanor, arrepentido de su dureza, buscó en su mente una respuesta más adecuada.

¿Cómo contarle a su hija esa historia llena de divisiones familiares, guerras,



traiciones y mentiras? Aún después de tantos años le dolía recordar la reacción de su padre, quien al enterarse que estaban en partidos opuestos, le propinó una golpiza y lo repudió para siempre. Nicanor era un chaval de diecinueve años y despreciaba la ideología conservadora y servil de su padre. Ese no era el camino de la justicia y sin pensarlo más, se unió al ejército contrario. A los pocos meses lo hirieron en una batalla. No le quedó muy claro cómo sucedieron las cosas; recuerda estar postrado en un rincón de la casa paterna, ardiendo en fiebre y a la vez, tiritando de frío. Aún semiconsciente, escuchó a su madre suplicar: “¡Por Dios, nuestro hijo se puede morir!”. Y después la voz brusca y rasposa de su padre declarar con tono contundente: “Para mí, ese traidor ya está muerto”.

El tiempo pasó, Chuchis cumplió los veinte años y eligió su lucha. ¡Y vaya que la eligió! Como líder activista estudiantil, se entregó en cuerpo y alma a la causa. Cuando no asistía a reuniones, redactaba discursos, organizaba manifestaciones o recaudaba fondos para apoyar a los universitarios en huelga de hambre. Cada vez que la chica salía, Nicanor se mordía la lengua. Por supuesto, le gustaba verla defender sus ideales y vivir su vida, pero se preocupaba por su seguridad. Sobre todo, cuando la veía llegar mojada por las mangueras de alta presión o con los ojos rojos por los gases lacrimógenos.

No siempre estuvo de acuerdo con ella, pero su amor era incondicional. Como lo fue el de su propia madre; quien al verlo malherido y repudiado, mintió, pidió dinero prestado y pagó al movimiento clandestino para sacarlo de España. Nicanor no recordaba nada, pues estaba muy mal. Al despertar se encontró a bordo de un buque de carga con destino a México, país que acogió con brazos abiertos a miles de españoles refugiados. En la solapa de la camisa, sucia y raída, estaba el pendiente de su madre.

Así fue como Nicanor llegó a México. No por elección propia, sino por cosas del destino.

¡Poco o nada sabía de este país! Era hijo de arrieros analfabetos, muy pobres; y él apenas podía leer y escribir. Sin embargo, tras treinta años de ardua labor, logró educarse un poco, amasar cierto capital y adquirir una bodega bastante exitosa en el mercado de abastos. La misma donde consiguió su primer trabajo. La ironía de la vida. Se convirtió en un burgués, aquella condición que de joven despreció y le causó tanto sufrimiento. Con la meta de darle a su hija una vida mejor, sus ideales pasaron a un segundo plano.

Chuchis, por su parte, creía en su lucha y en un cambio para mejorar las cosas. El miércoles pasado se despidió de él entusiasmada y salió de la casa para asistir a una marcha en la plaza de las tres culturas. En un enfrentamiento entre los manifestantes y la milicia, los jóvenes llevaron las de perder. Sangre derramada, cientos de muertos y malheridos, decenas de desaparecidos.

La prensa, la radio y la televisión no cesaban de hablar de la tragedia: la matanza de Tlatelolco, así dijeron. Se culpó al gobierno, a los comunistas, a los estudiantes, a los porros, a los granaderos. Se culparon unos a otros y entretanto, Nicanor se moría de angustia al no saber de Chuchis. Recorrió de cabo a cabo la ciudad. Indagó con los amigos y compañeros universitarios. Nada. Acudió a los hospitales y jefaturas de policía. Nada. Intentó hacer pesquisas por teléfono, pero lo ponían en espera y jamás regresaban a atenderlo. Finalmente, recibió la llamada de Joaquín, compañero de Chuchis. “Don Nicanor, ambos estamos lastimados, pero Chuchis más”. Le dio los datos de un hospital afuera de la ciudad.

El hombre se apresuró a salir. Cerró la cortina de metal y con torpeza enredó la



cadena para luego poner el candado pesado y oxidado. Conducía con el corazón trepidante. Hubiera deseado echar mano de la fe de su madre o de su difunta esposa, invocar a los santos y a la virgen, pero hacía muchos años que ya no rezaba.

Afuera del sencillo hospital de pueblo, un grupo de estudiantes montaba guardia con la intención de proteger a los heridos. Solicitaron una identificación de parte de Nicanor antes de cederle el paso. Las camas del pabellón único se extendían una tras otra en dos largas hileras, y estaban todas ocupadas. Era la hora de visita y el lugar no parecía habitación de hospital, sino salón de fiesta. Si bien no permitían la introducción de alimentos, Nicanor percibió un fuerte olor a comida frita. Tuvo que preguntar para localizar a Chuchis. “La tenemos sedada”, explicó la enfermera y lo guio hasta una camilla; luego corrió la cortina para darles un poco de privacidad y se alejó.

Incapaz de identificar a su hija tras las vendas y los moretones, Nicanor la reconoció por una pulsera grabada con su nombre; esa que él mismo le regaló años atrás. Le tomó la mano, ardiente por la fiebre. Besó cada uno de sus dedos y se le formó un nudo en la garganta. Sin soltarle la mano, se sentó en la silla al lado de la camilla y un tumulto de sentimientos encontrados le revolvieron las entrañas.

Aunque le dolió mucho verla en esas condiciones, sintió admiración por ella, ya que luchaba con valentía por sus convicciones e ideales. Le susurró al oído: “Estoy muy orgulloso de ti, hija mía”.

A pesar de haber transcurrido treinta años, Nicanor aún sufría por el rechazo paterno. La historia no se volvería a repetir, ya que Chuchis contaba con todo su apoyo. Decidió permanecer a su lado y velar su sueño.

Nicanor suspiró al recordar cómo meses después de su llegada a México, el movimiento clandestino le entregó una carta de su madre. Alguien se la escribió - estaba seguro - pues ella no sabía hacerlo. En ningún momento se dirigió a él por su nombre. “Dile a tu amigo que estamos bien. Sepultamos a Nicanor el último viernes de octubre y la vida ya no es la misma. Ojalá me escriba”. Nicanor no entendió, pero un compañero del barco le explicó cómo - en medio de la locura de la guerra - la madre se las arregló para conseguir el cadáver de un desconocido y lo enterró, como si fuera Nicanor para engañar a sus perseguidores. Así pues, por muchos años intercambiaron cartas impersonales con un nombre ficticio y nunca pudo agradecerle su sacrificio, mucho menos decirle te quiero o te extraño, tienes una nieta. Evitó cualquier tema que pudiera poner a su familia en peligro.

Su madre mandó fotografías alguna vez. Siempre de frente para mostrar que llevaba tan solo un pendiente. El otro lo tenía él, y ya no marcaba ningún sitio en el mapa. Ahora estaba en el bolsillo de su camisa. Lo tomó entre sus dedos y con sumo cuidado, lo enroscó en el oído de Chuchis.